

Esta es una pequeña muestra
del libro *El hogar por venir*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2023 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

**EL
HOGAR
POR
VENIR**

CÓMO LA RENOVACIÓN DE LA TIERRA
ENCAJA EN EL PLAN DE DIOS PARA EL MUNDO

IAN K. SMITH

Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#ElHogarPorVenir

El hogar por venir

*Cómo la renovación de la tierra encaja
en el plan de Dios para el mundo*

Ian K. Smith

© 2023 por Poiema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *Not Home Yet:
How the Renewal of the Earth Fits into God's Plan for the World*

© 2019 por Crossway Books.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005, por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-955182-55-3

SDG

Dedicado a Jenni con amor

*Según Su promesa, nosotros esperamos
nuevos cielos y nueva tierra, en los cuales mora la justicia.*

— 2 Pedro 3:13

CONTENIDO

Introducción	9
1. La creación del hogar	19
2. El problema con el hogar	29
3. Limpiando el hogar	41
4. Un lugar al cual Dios llama hogar	53
5. La tierra como hogar	65
6. La promesa de un mejor hogar	75
7. El hogar por venir	87
8. El reino de Dios, el hogar de Dios	99
9. El viaje al hogar	109
10. Un hogar ampliado	119
11. Ausentes del cuerpo, habitando con el Señor.	129
12. La llegada al hogar	141
Conclusión.	151
Notas de texto	161
Índice de las Escrituras.	165

INTRODUCCIÓN

Viajar es divertido, pero después de un tiempo añoramos nuestro hogar. Disfrutamos de comidas exóticas y habitaciones de hotel, pero cuando la nostalgia se apodera de nosotros, nos apetece una comida casera y anhelamos dormir en nuestra propia cama. El hogar es el lugar al que pertenecemos. Es un lugar que nos resulta familiar. A la luz de esto, es curiosa la práctica de muchos cristianos de llamar al cielo su hogar. El cielo no es un lugar familiar. Es un lugar desconocido. ¿Es el lugar al que pertenecemos? Hay criaturas celestiales y seres angelicales alrededor del trono de Dios. Pero no somos nosotros. Nosotros somos criaturas terrenales. Sin embargo, en los funerales hablamos de que el fallecido ha ido a casa. Cuando pasamos por momentos difíciles, nos recordamos que este mundo no es nuestro hogar. Pero si el cielo es nuestro hogar, ¿qué dice eso de la tierra? A los seres humanos se les encomendó la tarea de llenar la tierra y tener dominio sobre ella (Gn 1:28).

¿Dónde está nuestro hogar?

Hay un elemento de verdad en la afirmación de que el cielo es nuestro hogar, y volveremos a ello más adelante en este libro.

Sin embargo, los cristianos nos encontramos en nuestro hogar cuando estamos con Cristo, mientras esperamos el regreso de Jesús a la tierra, habitaremos “con el Señor” (2Co 5:8). Pero las Escrituras también hablan de la renovación de todas las cosas (Mt 19:28), de un cielo nuevo y una tierra nueva (Ap 21:1). ¿Cómo encaja este hogar en el cielo con la renovación de la tierra? ¿Cuál es el hogar de los cristianos más allá de la tumba? ¿Qué impacto tiene la comprensión de la resurrección de Jesús en la forma en que vemos la tierra? ¿Dónde está nuestro hogar?

La resurrección de Jesús apunta a algo mucho más grande que el solo acceso al cielo; la resurrección apunta a la renovación de la creación de Dios. Cuando comprendemos este alcance de la obra de salvación de Dios, las visiones reduccionistas e individualistas carecen de la grandeza de lo que Dios hará. La resurrección de Jesús no solo garantiza mi resurrección, por muy importante que sea. Jesús renovará el universo. Él inaugurará un cielo nuevo y una tierra nueva, y nosotros formaremos parte de esa nueva creación. En ese día, sabremos lo que significa estar en nuestro hogar. Esta salvación está garantizada por la resurrección. Hablar de la salvación sin mencionar la resurrección es una grave omisión.

Esta conexión entre la resurrección y la renovación de la creación no es tan bien entendida como cabría esperar. Formo parte de varios grupos que evalúan la idoneidad de las personas que aplican a las diversas formas de ministerio cristiano. Entrevistamos a personas que desean ser ministros ordenados, misioneros, evangelistas y funciones similares. Dentro de la entrevista, siempre pedimos al entrevistado una explicación del evangelio. En casi todas las respuestas, observo dos cosas: una

buena y otra preocupante. En primer lugar, prácticamente sin excepción, la persona menciona la cruz como lugar de perdón y sustitución. Esto es alentador. La segunda cosa que noto, es que más del 90 por ciento de las veces, dentro del resumen del evangelio, no se menciona la resurrección. Normalmente pregunto: “¿dejaste algo fuera?”. El candidato se sienta y reflexiona. Alrededor de la mitad de los entrevistados dicen: “ah, la resurrección”. Otros necesitan más pistas. Entonces procedo a preguntar si la resurrección es importante. Todos dicen que sí. La mayoría puede citar: “y si Cristo no ha resucitado, vana es entonces nuestra predicación, y vana también la fe de ustedes” (1Co 15:14). Entonces pregunto: “¿por qué es importante?”. Las respuestas varían. Muchos hacen buenas observaciones teológicas, pero muy pocos relacionan la resurrección con la renovación de todas las cosas. Normalmente la comprensión del evangelio es individualista; se trata de *mi* salvación.

La resurrección es fundamental para nuestra manera de ver la salvación. No somos salvos solo para vivir una experiencia meramente espiritual en el cielo. Jesús fue resucitado en la tierra, no directamente al cielo. No debemos confundir la resurrección y la ascensión. Todos los Evangelios coinciden en que al tercer día, Jesús fue resucitado en la tierra, donde siguió apareciéndose durante cuarenta días antes de Su ascensión al cielo. Esta resurrección de Jesús es la primicia de nuestra resurrección. Un cuerpo físico fue colocado en la tumba de José de Arimatea y fue resucitado. La tumba estaba vacía. El mismo cuerpo fue resucitado. Esta es la primicia de la resurrección general (1Co 15:20, 23). Nosotros también seremos resucitados con nuestro mismo cuerpo. La tierra también será renovada,

la misma tierra. En cada caso habrá transformación, pero también habrá continuación.

Sin embargo, cuando me encuentro en conversaciones con cristianos que hablan de la renovación de la tierra, me miran extrañados y se preguntan qué Biblia he estado leyendo. La idea de vivir en el cielo para siempre está tan arraigada que surgen preguntas. La más frecuente se aborda en este libro: ¿es bíblica esta idea de una tierra renovada? En este libro recorreremos las Escrituras y mostraremos que la respuesta rotunda es sí. Observaremos repetidamente que la Biblia se ocupa más del descenso de Dios a la tierra que del ascenso de los seres humanos al cielo. Este movimiento descendente se ve en el Edén, en el tabernáculo, en el templo, en la encarnación, en la crucifixión, en la resurrección y en la segunda venida. El regreso de Jesús a esta tierra es el centro de la esperanza del cristiano, y este regreso no será solo para dar una visita, recogernos y llevarnos al cielo. Él viene para quedarse. La nueva Jerusalén descenderá a la tierra (Ap 21), y nosotros estaremos en nuestro hogar, con Jesús, en la tierra.

El futuro de la tierra

La comprensión del futuro de la tierra tiene importantes implicaciones en la forma en que la vemos ahora. Cuando entendemos que el fin de todas las cosas es la renovación de todas las cosas, entonces todas las cosas cobran importancia. Ya no veremos lo espiritual como más importante que lo físico; tal dualismo es más deudor de la filosofía griega que de la Biblia. Dios está comprometido con Su creación. Todo es importante, ya sea el estudio de la Biblia, el trabajo, la iglesia, los pasatiempos, la familia, las artes o la participación en la comunidad. Cuando

entendamos que el impacto de la resurrección es mucho más grande de lo que jamás imaginamos, nuestra visión del mundo cambiará. Nuestros sermones ya no se tratarán solo de lo que ocurre después de la muerte (por muy importante que sea), sino que el evangelio también resonará con relevancia para esta vida, para la tierra, para los lugares que habitamos y llamamos hogar. El conocimiento de que nuestro hogar será renovado dará relevancia a la vida.

El objetivo de este libro es despertar (incluso resucitar), una comprensión bíblica de la tierra y de la misión de Dios en ella. Tal comprensión era común en las generaciones anteriores, pero ha decaído a lo largo de las décadas. La evolución de la música cristiana es un ejemplo de ello. El himno de Isaac Watts “Joy to the World” [“Al mundo paz”] fue escrito en 1719, y celebra el compromiso de Dios con esta tierra, ya que el cielo y la naturaleza cantan las bendiciones de la encarnación de Jesús que llegan hasta cada rincón donde llegó la maldición. El grito del himno de Watts es: “Nació ya nuestro Rey”. Desgraciadamente, este tipo de canciones son raras hoy en día, ya que los cristianos suelen celebrar la destrucción de la tierra y un hogar eterno en el cielo. Me abstengo de citar ejemplos, pero hay muchos, solo hay que escuchar lo que se canta el domingo en varias iglesias. Si nuestra comprensión de la misión cristiana se ha reducido a “llevar a la gente al cielo”, ¿qué dice eso de las necesidades físicas de las personas? ¿Cuál es el objetivo de la educación cristiana? ¿Cuál es la relación entre educación y evangelización? ¿Por qué tenemos hospitales cristianos, especialmente en el campo misionero de los países en desarrollo? Si el objetivo principal de un hospital cristiano es llevar a la gente al cielo, ¿tenemos un

pequeño problema! Se podría argumentar que el trabajo de un hospital es retrasar la entrada al cielo. ¿Hay lugar para lo físico en nuestra comprensión de la salvación?

La necesidad de que se nos recuerde nuestro enfoque terrenal y celestial nunca ha sido tan urgente. En occidente, la iglesia cristiana ha pasado, en una generación, de ser la voz más poderosa de la sociedad a ser una voz superada que ha quedado al margen. La cristiandad se ha acabado. Para muchos, la iglesia se ha vuelto irrelevante. A menudo me pregunto: *¿Qué ocurrió primero? ¿El mundo abandonó a la iglesia o la iglesia abandonó al mundo?* No es de extrañar que el mundo vea a los cristianos como irrelevantes, si todo en la tierra es pasajero.

Por supuesto, las preguntas abundan. ¿No dijo Jesús: “Mi reino no es de este mundo” (Jn 18:36)? ¿No dijo Pablo: “Para mí, el vivir es Cristo y el morir es ganancia” (Fil 1:21)? ¿No pasará la tierra? A medida que vayamos trazando el flujo de la historia bíblica, examinaremos temas generales y nos detendremos en el camino para examinar más de cerca algunos pasajes difíciles. En todo esto recordaremos el compromiso de Dios con nuestro hogar. Al fin y al cabo, Él lo hizo.

He tardado algún tiempo en comprender lo holística que es la misión de Dios en este mundo (y ciertamente no pretendo tenerlo todo resuelto). Como muchos cristianos occidentales, crecí en un mundo de riqueza física y pobreza espiritual. Todo el mundo en mi escuela comía tres veces al día, calzaba zapatos y sabía leer y escribir, pero muy pocos iban a la iglesia. Éramos físicamente ricos y espiritualmente pobres. En un sentido muy real, la proclamación del evangelio respondía a una necesidad espiritual. Pero no todo el mundo es así. Esta verdad se me hizo

evidente después de enseñar durante varios años en un seminario teológico en la pequeña nación insular del Pacífico, Vanuatu. La mayoría de los habitantes de Vanuatu son agricultores de subsistencia. La iglesia es fuerte e influyente, pero el país es económicamente pobre. Después de que mi familia viviera allí unos cinco años, uno de nuestros graduados del seminario, Johnny, nos invitó a visitarlo. Estaba pastoreando en una zona muy remota del país, en la costa occidental de la isla de Santo, en el pueblo de Sulesai, y como siempre nos había gustado pasar tiempo con Johnny y su familia, aceptamos con gusto. Sería una gran aventura llevar a toda la familia a una parte del mundo inaccesible y en general inalterada por las influencias occidentales.

Salimos por la mañana temprano, antes de que saliera el sol. Recorrimos un camino de tierra en la parte trasera de un camión durante dos horas, atravesando ríos caudalosos, hasta llegar a la costa oeste de la isla, donde subimos a un pequeño bote de aluminio con motor fuera de borda y emprendimos un viaje de diez horas por la costa en mar abierto. Desde el barco es fácil ver por qué esta parte del mundo está tan aislada. Las altas montañas caen a través de escarpados acantilados hasta el fondo del océano, lo que hace que la costa sea absolutamente intransitable. Solo hay dos formas de entrar y salir. Para los que tienen dinero, está el barco, pero para la mayoría de las personas que son agricultores de subsistencia en una economía sin dinero en efectivo, la única forma de entrar y salir es a través de un terreno escarpado y montañoso, una caminata que dura tres o cuatro días. Así que no es de extrañar que mucha gente nazca, viva y muera en esta parte del mundo sin jamás salir, y que los visitantes rara vez vengan.

Al final de un largo día, llegamos a la aldea de Sulesai, pintoresca en su belleza tropical. Un río de agua dulce atraviesa el pueblo antes de desembocar en el océano; el verde de la selva contrasta con el azul del océano, cada uno separado por las piedras de la orilla del mar. Los niños corrieron a la playa para saludarnos, y en mi ingenuidad romántica pensé: “¿Quién querría abandonar este lugar?”. ¡Qué ingenuo fui!

Al llegar a tierra, me di cuenta de que la mayoría de los niños tenían el vientre distendido, una reveladora señal de desnutrición. Esto no tiene sentido en un paraíso tropical, pero la disponibilidad de alimentos no siempre conduce a una buena nutrición. Varios de los padres y abuelos de estos niños sufrieron amputaciones por las complicaciones de una diabetes no tratada. Los servicios médicos son casi inexistentes en un lugar plagado de malaria. No se puede comprar repelente de mosquitos. La tasa de mortalidad infantil es alta. Los partos son precarios. No hay escuela en el pueblo; los padres se enfrentan a la decisión de enviar a sus hijos de seis años a un internado, del que regresarán anualmente. No es de extrañar que muchos habitantes del pueblo no sepan leer ni escribir. El lugar parecía el paraíso, pero había un aguijón en su carne.

Al llegar a la orilla, Johnny nos condujo al sencillo edificio de la iglesia en el centro del pueblo. La iglesia de Sulesai es diferente a todas las que he visitado (y me refiero a la gente, no al edificio). Todas las personas del pueblo pertenecían a ella. Sí, ¡todos! No solo tenía un índice de asistencia del 100 por ciento, sino que se reunían a diario. Debido a los altos niveles de analfabetismo, los habitantes de Sulesai se reunían todas las mañanas para que se les leyera la Biblia y para orar juntos antes de comenzar el trabajo

del día. *Todos* asistían *cada día*. Hasta donde el ojo humano puede ver, todos profesaban ser cristianos. ¡No hace falta un programa de crecimiento de iglesia en Sulesai! Sin embargo, mientras estaba entre ellos, con sus necesidades médicas, nutricionales y educativas, me pregunté: *¿hay todavía un ministerio cristiano que realizar aquí? ¿Necesitan misioneros?* Este lugar estaba en absoluta yuxtaposición con el lugar donde crecí. En Sulesai todo el mundo iba a la iglesia, pero muy pocos comían tres veces al día, calzaban zapatos o sabían leer y escribir. ¿Qué se necesitaba con más urgencia aquí, un nutricionista o un evangelista? Las preguntas inundaron mi mente. ¿No es la misión cristiana holística? ¿Acaso la resurrección de Jesús no fue física? ¿Acaso el cuidado de las personas es un vehículo para mejorar la proclamación del evangelio, o proclamamos el amor de Dios tanto con nuestras acciones como con nuestras palabras? Las respuestas a mis preguntas llegaron a casa con una claridad asombrosa.

Ese día en Sulesai demostró las tres verdades principales que quiero tratar en este libro: (1) la tierra es asombrosamente bella; (2) la tierra está estropeada por los efectos del pecado; y (3) a Dios le importa la renovación de la tierra. Ninguna de estas verdades niega la centralidad del llamado del evangelio para que la gente se arrepienta y ponga su confianza en Jesús. Eso es siempre fundamental. Pero una vez hecho esto, no es el final de la historia. Un evangelio espiritual que se preocupa solo por las realidades espirituales acaba siendo un evangelio que se queda muy lejos de lo que la Biblia enseña. La verdadera espiritualidad es holística. La historia de la Biblia se ocupa del compromiso de Dios de restaurar la tierra, un lugar llamado “hogar”. A continuación, nos dedicaremos a trazar esa historia.



LA CREACIÓN DEL HOGAR

El primer capítulo de la Biblia es Génesis 1. Parece una afirmación insignificante, pero sus ramificaciones son enormes. Comenzar nuestra Biblia con la creación, y no con la caída en Génesis 3 ni con el llamamiento de Abraham en Génesis 12, marcará toda la diferencia. Una verdadera apreciación del comienzo de la narración bíblica ayudará a evitar una falsa dicotomía entre lo espiritual y lo físico. Corregirá muchos conceptos erróneos sobre el cielo, sobre la tierra y sobre la relación entre ambos. Los primeros capítulos del Génesis nos enseñan que la tierra es nuestro hogar.

En el principio

Las primeras palabras de las Escrituras, “En el principio Dios creó los cielos y la tierra” (Gn 1:1), nos recuerdan que Dios es el Creador y no parte de Su creación. Esta distinción nos hace rechazar cualquier noción de panteísmo, donde la creación tiene su propia fuerza interna. No veneramos a la “Madre Tierra” ni al poder de la naturaleza. Nuestro mundo ha sido creado y es sostenido por la mano de Dios, que está separado de él pero comprometido con él.

Las palabras “los cielos y la tierra” (Gn 1:1) necesitan una definición. En la visión del mundo del antiguo Cercano Oriente, todo lo que existía se clasificaba como “los cielos” que están arriba, “la tierra” que está debajo de los cielos y “las aguas” que están alrededor y debajo de la tierra. Esta división puede verse en los Diez Mandamientos dados a Moisés, específicamente en el segundo mandamiento en el que se le dijo: “No te harás ningún ídolo, ni semejanza alguna de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra” (Ex 20:4). Una paráfrasis del primer versículo de la Biblia podría ser: “En el principio, Dios lo creó todo”.

La palabra hebrea para “los cielos” es *hashamayim* y su significado no debe limitarse a esa dimensión fuera de este mundo donde residen Dios y Sus ángeles. Los cielos incluyen todo lo que está por encima de la tierra. Es el lugar donde viven las aves (Sal 8:8), de donde procede el rocío (Gn 27:28), el viento y la lluvia (Jer 10:13). Podríamos traducir estas referencias como “cielo”, siempre y cuando reconozcamos que esto no es el alcance de “los cielos”. Los cielos también incluyen lo que llamaríamos “espacio”. El sol, la luna y las estrellas están en los cielos. A Abraham se le promete una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo (Gn 15:5). Todo lo que está arriba, en definitiva, puede incluirse en los cielos.

Todo esto plantea una pregunta sobre lo que solemos llamar “cielo”, es decir, donde vive Dios rodeado de Sus ángeles. ¿Está eso incluido en los cielos? La respuesta corta es sí, aunque el antiguo lector del Génesis no habría dividido lo que llamamos “cielo con nubes” de lo que llamamos “espacio” de lo que llamamos “cielo”. De hecho, es difícil cuantificar la idea bíblica

del cielo como morada de Dios. Es el lugar donde Dios vive, pero es incapaz de contenerlo (1R 8:27; 2Cr 2:6; 6:18). Es un “lugar” al que se asciende (Sal 139:8; Pro 30:4) y del que Dios descende (Gn 11:5; 2S 22:10; Sal 18:10; 144:5), pero no se puede llegar a él ni en avión ni en cohete. En resumen, los cielos son todo lo que está arriba. Debemos tener cuidado de no importar nuestras propias preguntas o categorías al texto, si esas preguntas no se abordan en el texto. Una cosa sí sabemos de los cielos: ¡son creación de Dios!

Del mismo modo, la palabra hebrea traducida “la tierra” en Génesis 1:1 (*ha'arets*) tiene más de un significado, al igual que la palabra española tierra, puede significar no solo el planeta en el que vivimos, sino también el suelo en el que crecen las cosas (Gn 1:26). Del polvo fue hecho Adán (Gn 2:7), y la tierra sigue alimentándonos y nutriéndonos. Pero *ha'arets* tiene un significado más particular que solo la tierra: es una referencia a la tierra que Dios prometió a los patriarcas, cuya familia se convertiría en la nación de Israel (Dt 1:8), una buena tierra de la que mana leche y miel (Ex 3:8). Una vez más, plantear cuestiones de sub-categorías entre la tierra y el territorio no siempre hace justicia al texto. Aunque Génesis es claramente el relato de la creación de la tierra, también es la creación de las tierras o terrenos. Del mismo modo, nos daremos cuenta de que al final de la historia de la Biblia, cuando se habla de “Territorio Santo”, también se habla de la “Tierra Santa”, ya que las bendiciones de Dios fluirán hasta los confines de la tierra (Hch 13:47).

En resumen, el versículo inicial de la Biblia es impresionante: “En el principio Dios creó los cielos y la tierra”. A partir de este lienzo que lo abarca todo, el enfoque de Génesis se estrecha:

“La tierra...” (Gn 1:2). Así comienza lo que se convertirá en un patrón recurrente de la dirección hacia la tierra en las Escrituras. La tierra parece estar en el centro de la creación de Dios. Incluso el sol y la luna existen para dividir el tiempo en la tierra entre el día y la noche. Esto es una revolución anticopérmica; todo gira alrededor de la tierra.

Compromiso con la creación

El lector atento no puede dejar de captar el placer que Dios siente por la tierra. El mundo no es solo una máquina funcional, monocromática y utilitaria. Está lleno de belleza, color y creatividad. Dios se deleita en los árboles, los peces, los animales, los océanos y las montañas. Al final de cada día de la creación, el Señor mira lo que ha hecho y lo declara “bueno” (Gn 1:4, 10, 12, 18, 21, 25). La palabra hebrea traducida como “bueno” (*tob*) también puede traducirse “hermoso”. En el sexto día de la creación, el hecho de que Dios mirara todo lo que había hecho y lo declarara “muy bueno” también podría traducirse como “muy hermoso” (Gn 1:31). La misma expresión hebrea se encuentra en 1 Samuel 9:2 para describir lo apuesto que era Saúl, y en Génesis 24:16 para describir la belleza de Rebeca, que se acercó a un pozo para recoger agua antes de convertirse en la esposa de Isaac. Del mismo modo, Dios mira el mundo que ha hecho y dice: “Es impresionantemente hermoso”. No todo tiene que ser útil; la belleza es un fin en sí misma. Dios se deleita en ella, como deberíamos hacerlo nosotros. La tierra es nuestro hogar, y salvo por los efectos omnipresentes del pecado, es difícil imaginar un lugar mejor. Dios no se contuvo cuando creó este mundo guardando lo mejor para el cielo. La narración bíblica nos dice

que Él no permitirá que Satanás tenga la victoria final en lo que respecta a este hermoso mundo. La tierra no será desechada. La creación es muy valiosa como para serlo; será renovada.

Por supuesto, el mundo no es todo lo que quisiéramos que fuera. El sufrimiento impregna cada parte de nuestras vidas, y para la mayoría de las personas el dolor es palpable. Trataremos los efectos de la caída en el próximo capítulo. La cuestión a la que nos enfrentamos ahora es: en cuanto a la hermosa creación de Dios, ¿cuál es la solución al problema del mal? ¿Arreglará Dios nuestro hogar (la tierra), o tendremos que huir a un nuevo hogar (el cielo)? Es una cuestión similar con la que se encuentran muchas personas en el siglo XXI, al enfrentarse a terribles atrocidades en algunos de los países desgarrados por la guerra en el mundo. ¿Deben quedarse o deben huir de sus hogares? Ante el creciente número de refugiados en todo el mundo, debemos recordar que huir de la patria es normalmente el último recurso. La gente ha vivido en su tierra natal durante generaciones. Han desarrollado una cultura, un idioma y un patrimonio, y esas tradiciones no se abandonan fácilmente. De hecho, aunque la gente huya y empiece una nueva vida en otro país, sigue pensando en su hogar e intenta mantener vivos su idioma y sus tradiciones. Al fin y al cabo, no hay nada malo físicamente en su tierra natal. Muchos de los puntos conflictivos del mundo son lugares de gran belleza y fertilidad. Pero debido a los efectos del mal, la gente que vive allí se enfrenta a una difícil decisión: quedarse y arreglarlo o huir y comenzar una nueva vida en un lugar que no es su hogar. La solución preferida es quedarse, pero eso no siempre es posible.

Esta pregunta también se nos plantea al pensar en la creación. ¿Está el mundo tan roto que Dios lo abandonará y

tendremos que encontrar un hogar en otra parte? ¿Es el cielo un lugar para refugiados eternos, para que vivamos en un hogar que no está hecho para nosotros (a menos que seamos ángeles)? La respuesta recurrente de ambos Testamentos de las Escrituras es que el mundo no está tan roto como para que Dios no pueda arreglarlo. Será renovado y transformado. Dios no renunciará a él, y nosotros tampoco deberíamos hacerlo. Es bueno recordar que la imagen de la salvación en el Nuevo Testamento se da a menudo en términos de creación. Un lenguaje como nueva creación (2Co 5:17; Ga 6:15) se complementa con una imagen de la creación sometida a dolores de parto mientras espera algo mejor (Ro 8:22).

El enfoque del relato de la creación en Génesis continúa estrechándose a medida que la narración se acerca a un huerto particular llamado “Edén”. Este huerto es el lugar donde Dios habita con Su pueblo en la tierra. Tiene todo lo que esperaríamos encontrar dentro de un templo en el antiguo Cercano Oriente. Un templo era la morada terrenal de un dios donde los humanos se reunían con él, y dentro del cual se encontraban imágenes del mismo. Pero el Edén es un templo diferente. No es un edificio estático y sin vida. Es un jardín dinámico y en crecimiento. Dios no es una estatua sin vida dentro de este templo, sino que camina y habla dentro del huerto (Gn 3:8). Lo mismo ocurre con Sus imágenes dentro del templo. A diferencia de las estatuas inertes de otros templos antiguos, los portadores de la imagen de Dios están vivos. No son de madera ni de piedra, sino de carne y hueso. Sus nombres son Adán y Eva. Están hechos a imagen y semejanza de su Dios, y han de gobernar todo lo que Dios ha hecho (Gn 1:26-27). Es el templo por excelencia.

Todos los tabernáculos y templos posteriores dentro de la historia del pueblo de Israel no serán más que un reflejo del Edén. El huerto del Edén es el ejemplo de lo que sucede cuando el cielo y la tierra se encuentran. Dentro de este templo, Dios ha otorgado un propósito a quienes son los portadores de Su imagen: tener una autoridad virreinal mientras gestionan el desarrollo en el mundo de Dios. Adán y Eva fueron creados para ser fecundos y multiplicarse, llenar la tierra y someterla, y ejercer dominio “sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra” (Gn 1:28). Esta es la razón por la que el ser humano fue creado. Esto va al núcleo de nuestra razón de ser. No fuimos creados para predicar el evangelio, por muy importante que eso sea. Tal conclusión supone que la Biblia comienza con la caída en Génesis 3, pero la Biblia comienza en Génesis 1. Somos portadores de una imagen cuya función es actuar en nombre del Rey con autoridad virreinal mientras cuidamos de Su creación.

Soy australiano, y la autoridad virreinal se refleja en nuestro sistema político. Aunque no se trata de un monarca absoluto, como es el caso de Dios, la jefa de Estado de Australia vive en Londres, por lo que un gobernador general la representa (o a él, según sea el caso) dentro de Australia. Este sistema virreinal se remonta a la época de la colonización europea, en 1788, cuando en Sídney se estableció una colonia formada principalmente por convictos. En aquella época, el rey Jorge III era el rey en Londres. Su imagen aparecía en el dinero y su insignia estaba grabada en los edificios públicos. Pero las imágenes grabadas no pueden gobernar una colonia de convictos al otro lado del mundo. Por ello, el rey Jorge envió una imagen viva, el gobernador

Arthur Philip, investido con la autoridad de la corona para que dominara la colonia emergente. Tales nombramientos virreinales conllevan un gran privilegio y responsabilidad. El vicerregente debe actuar en nombre del rey cuidando el dominio de este en todas las complejidades de los asuntos de la colonia.

La portación de imágenes en nombre del rey está en el centro de los propósitos de Dios para la humanidad. Es difícil imaginar un mundo en el que Dios se deleita en Su pueblo sin deleitarse también en el lugar donde ese pueblo vive. El compromiso con uno implica el compromiso con el otro. De hecho, el compromiso de Dios con la creación se ve a lo largo de las Escrituras en términos de pacto. Jeremías proclama la llegada del nuevo pacto en términos de creación. Afirma:

Así dice el SEÑOR: “Si ustedes pudieran romper Mi pacto con el día y Mi pacto con la noche, de modo que el día y la noche no vinieran a su tiempo, entonces también se podría romper Mi pacto con Mi siervo David, y él no tendría hijo para reinar sobre su trono con los sacerdotes levitas, Mis ministros” (Jer 33:20-21).

Del mismo modo, Jeremías nos recuerda el pacto de Dios con la creación cuando dice: “Así dice el SEÑOR: ‘Si no hubiera permanecido Mi pacto con el día y con la noche, y si Yo no hubiera establecido las leyes del cielo y de la tierra, entonces hubiera desechado la descendencia de Jacob y de Mi siervo David’” (Jer 33:25-26). Un lenguaje similar que habla de un pacto con la creación se encuentra en Oseas 2:18: “En aquel día haré también un pacto por ellos con las bestias del campo, con las

aves del cielo y con los reptiles de la tierra. Quitaré de la tierra el arco, la espada y la guerra, y haré que ellos duerman seguros”.

A la luz de esto, es sorprendente que tantos cristianos vean la tierra como algo transitorio, en el mejor de los casos, y como algo que hay que abandonar, en el peor. Los primeros capítulos de Génesis desmontan esta idea errónea. La creación de Dios es inmensa, abarca las extensiones del espacio y las complejidades microscópicas de las células vivas. El compromiso de Dios con la creación es seguro. No permitirá que se frustre. Satanás no provocará la destrucción final con sus planes. Dios, y no Satanás, tendrá la victoria sobre lo que ha hecho.

La creación es fundamental, pero no es el final de la historia; es el principio. Dentro de la creación, los portadores de la imagen de Dios reflejan la creatividad de su Creador. La tierra nunca ha sido ni será un lugar estático. Está llena de creatividad y desarrollo. Se ponen nombres a los animales, nacen niños, se escribe poesía y se plantan jardines. Es el hogar vibrante en el que vivimos. Y a medida que la Biblia abarca su historia desde un huerto en Edén hasta un huerto en la nueva Jerusalén en Apocalipsis 22, se nos recuerda que el compromiso de Dios con Su creación no mengua.

La Biblia es la historia del plan de rescate de Dios. Lo que está caído es lo que será rescatado, restaurado y renovado. No es de extrañar, por tanto, que a lo largo de las Escrituras se nos hable del cumplimiento de este rescate en las palabras “cielos nuevos y una tierra nueva” (Is 65:17; ver también Is 66:22; 2P 3:13; Ap 21:1). La enseñanza sobre la creación es fundamental para nuestra comprensión de las Escrituras. La historia de la Biblia comienza en Génesis 1.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *El hogar por venir*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2023 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!